

hora de buscar elementos explicativos de la acción colectiva.

Como posible aspecto a criticar, debe subrayarse el hecho de que, entre tanta diversidad de perspectivas teóricas, no se nos haya presentado una conclusión integradora de los elementos complementarios de cada enfoque, especialmente en lo concerniente a los distintos bloques, tarea (compleja) que queda encomendada al lector, del que se requerirá, por tanto, una participación activa y reflexiva en la lectura de esta obra.

En definitiva, se trata de un libro indispensable para todo aquel interesado en el estudio de los movimientos sociales, la acción colectiva y las formas de participación ciudadana en el contexto del incipiente siglo XXI.

Javier ALCALDE VILLACAMPA

## Enrique Santamaría

### La incógnita del extraño. Una aproximación a la significación sociológica de la «inmigración no comunitaria»

(Rubí [Barcelona], Anthropos, 2002)

*(Pensar las migraciones, pensar la sociología)*  
Desde mediados de los años sesenta han venido sucediéndose un conjunto de cambios deci-

sivos en los procesos migratorios internacionales y en el tratamiento sociopolítico que éstos reciben. En el caso particular de la Unión Europea, a partir de aquellas fechas se ha reorientado el conjunto de las directrices comunitarias de inmigración hacia una política generalizada de contención y cierre de fronteras —que, en realidad, contiene unas intenciones selectivas de movilización del trabajo migrante—, al tiempo que hemos asistido a una dinamización y una constante diversificación de los movimientos migratorios y también a la multipolarización de las redes migratorias, entre otros aspectos que podrían destacarse. En un contexto de impulso a la mundialización e intensa liberalización del capitalismo multicultural, todo ello ha hecho reaparecer con un nuevo rostro la figura social del extranjero —ahora encarnada en el «inmigrante» y, por antonomasia, en el «extra-comunitario»—, alcanzando una notoriedad en la escena política verdaderamente inopinada e inaudita. En nuestro país, la adquisición de esa relevancia es un fenómeno más tardío pero no menos agudo, como se puede percibir en los debates políticos entablados en los últimos años.

Sin duda, las migraciones transnacionales son fenómenos relevantes para entender la contemporaneidad que vivimos, pero también hay que advertir que cuando «el inmigrante» pasa a ser, como ocurre cada vez más en las pugnas políticas, el gran seudónimo y síntoma omnipresente de casi todos los malestares de los tiempos presentes o venideros, debiéramos entonces darnos cuenta de la quiebra, de la regresión y la inanidad profundas de la actividad política dominante. Y, como un testimonio de ello, ahí están la tiranía y miseria de las políti-

cas instrumentales de inmigración al uso, encarnando en sí mismas una verdadera intimidad a la razón social. Tal vez podemos decir que este hecho se entiende si tenemos en cuenta que si bien la «cuestión de la inmigración» siempre ha servido, usando un giro de Sayad, de vehículo para el «pensamiento de Estado», en las últimas décadas podemos apreciar de forma más manifiesta la enorme brecha entre unas situaciones migratorias que no han cesado de transformarse y diversificarse y el «discurso político constituido», que sigue manejando, en lo fundamental, los mismos referentes que antaño, cuando ya entonces apenas servían para aprehender la complejidad del fenómeno.

Es éste, de forma muy característica, un terreno donde las representaciones recibidas son tan poderosas que capturan y avasallan la consciencia de casi todos, incluidos también los propios migrantes. Y no sólo eso, sino que la inmigración, para afrenta y fastidio de todo el que aspire a una aproximación científica a su dinámica y significación sociológica, parece arrastrarnos hoy al coto insidioso de esa escolástica mediática integrada por «expertos», comentaristas de lo social y doxólogos: el de los «problemas sociales», y como tal se ha convertido en moneda corriente para la compostura de la «actualidad» en los medios de comunicación.

Ante esta tesitura y tomando distancia de las tendencias de pensamiento dominantes, la reciente publicación del libro de Enrique Santamaría que traemos a colación se nos presenta con una oportunidad, un valor y, desde luego, una lucidez imprescindibles, y eso ante todo

porque a lo largo de sus páginas no oímos la misma música de casi siempre. Se trata, además, por la variedad de cuestiones que pone en liza, de un texto que tiene un importante alcance tanto epistemológico y teórico como plenamente político.

Comencemos diciendo que en él se nos ofrece un trabajo que reivindica con acierto el género del ensayo —diríase mejor del ensayo-investigación, utilizando un término de Richard Sennet— para un ejercicio de reflexión teórica y crítica en el terreno de la sociología de las migraciones, pero que se prolonga, más allá de ésta, al campo de la sociología del conocimiento. Y que ha sido elaborado, por ende, con un sentido histórico aguzado. Pienso que estas articulaciones son precisamente uno de sus logros y de sus contribuciones más interesantes y de mayor calado.

*La incógnita del extraño*, lo titula el autor, pero incógnita paradójica, pues se diría que «el otro» no es propiamente un ser ignoto, sino un objeto sobre el que se produce un continuo y casi siempre excesivo saber. En este sentido, Santamaría nos pone en guardia contra las némesis sociológicas que pasan inadvertidas con tanta frecuencia, y lo hace insistiendo en el enorme poder performativo que puede llegar a tener en ciertas ocasiones y contextos el trabajo científico y los instrumentos de análisis que éste produce. Es decir, el abordaje de los fenómenos migratorios nos muestra el carácter instituyente que tienen las categorías de pensamiento que elegimos o manejamos para la labor investigadora. Epistemologías y categorías que, por otro lado, no debemos olvidarlo, son tributarias de forma tan incontrolada e im-

pensada como habitual del *modus operandi* administrativo y de las rutinas, de los requerimientos y de los instrumentos conceptuales de instituciones y gobiernos, arbitrarios pero indiscutibles al parecer, con toda su impronta positivista, objetivista y tipológica, con la que se pretende hacer pasar por autoevidente su enorme sinrazón histórica. El texto de Santamaría habla con toda claridad al respecto, y cuando lo requiere con tono intemperante, al poner en entredicho toda aquella sociología que, en lugar de ser el sujeto creador de sus problematizaciones científicas, pervive sujeta a problemas y horizontes constituidos o servidos en espacios fuera de su control. En el caso que nos concierne ahora, para salir de la «inmigración como problema social» y, eso sí, problematizar sociológicamente las movilizaciones contemporáneas, el investigador tiene que dar algunos rodeos previos y, entre ellos, preocuparse de las condiciones y maneras por las que la sociología se ha ocupado y ocupa de este asunto y los impensados sociales y sociológicos que circundan a su objeto de trabajo.

Por decirlo a la manera de Bourdieu, en todo momento hay que tener bien presente que el análisis de la construcción de objetos del saber no debe separarse de la emergencia de los campos y subcampos académicos y teóricos. Desde este punto de vista, uno de los méritos del trabajo de Santamaría es el esfuerzo permanente de aproximación-extrañamiento sociológico que se nos ofrece a lo largo de sus páginas, y no sólo respecto al objeto de estudio propiamente dicho, sino también en referencia a la historia disciplinar de la sociología. De modo que el libro en su conjunto nos permite no sólo pensar las migraciones a tra-

vés de la sociología, como era de esperar, sino pensar la sociología a través de las migraciones. De ahí su empeño en mostrar la importancia y a veces la centralidad de la reflexión sobre la idea de lo extraño y el extraño —los cuales han sido siempre un objeto híbrido entre la ciencia, la literatura y la filosofía social— para el crecimiento y maduración del pensamiento sociológico ya desde su misma y heterogénea génesis.

El *extraño* —ya sea en la figura del *extranjero* como en otras posibles que pueden encarnarlo— es ante todo una *perspectiva social* distinta del mundo que habitamos: en él en realidad las sociedades y los hombres salen de sí, se ponen a sí mismas como objeto, se ponen en forma de alteridad. Así, la idea del otro o el extraño se convierten, en el pensamiento sociológico, en fuente de conocimiento. Tomando este argumento como punto de arranque, la obra de Santamaría reconstruye ciertos itinerarios y algunos hitos de la historia de la teoría sociológica que han sido conscientes, de una u otra manera, de este principio epistemológico. Recordemos, a modo de ejemplo, la trascendencia que tuvo el *caso Dreyfus* para la evolución del pensamiento de Durkheim y para la consolidación de la sociología francesa en el marco de la III República —la aparición entonces del término «inmigración» no puede separarse de los proyectos de *integración* del grueso de las clases populares al Estado-nación francés—. Otros pasajes necesarios en ese itinerario teórico son las digresiones de Simmel sobre la condición de extranjería, siempre sometida a una permanente interinidad entre el llegar y el marchar, o ese mosaico de «extraños» que integran, entre otras, las figuras erráticas de lo

metropolitano según la sociología urbana del Chicago de las primeras décadas del siglo xx, y que condensaba en la trayectoria del migrante el relato de la modernización y la aventura del nuevo individualismo, en otra versión del mítico paso de la comunidad a la sociedad. Ahora bien, la obra no se limita a estos clásicos, de manera que en el primer y segundo capítulos el lector encontrará pistas valiosas sobre los usos de la extranjería y las relaciones entre conocimiento sociológico, crisis y alteridad en las concepciones de algunos de los autores que en las últimas décadas han abordado la condición social del inmigrante.

Sensible, pues, a los logros de la mejor investigación histórica y sociológica sobre migraciones, el autor nos lleva a pensar y reconstruir las bases sociales y culturales de la significación que adquiere la «inmigración extracomunitaria» en nuestras sociedades y, también, el suelo social que da cuenta del trato que recibe el «inmigrante». En la medida en que avanza en ese empeño, el ensayo de Santamaría contribuye a pensar mejor las relaciones contemporáneas entre cultura y poder, y en esta dirección su análisis alumbra y nos pone sobre aviso, entre otras cuestiones, acerca de la etnicización del control social y el nuevo vigor de los determinismos comunitarios, así como sobre los paralogismos del asimilacionismo y del multiculturalismo hoy en boga.

En esta misma pendiente, hay que destacar que, franqueando las representaciones sociopolíticas que hacen de los inmigrantes un problema o una solución y, sobre todo, descubriéndonos un mismo reduccionismo tanto en los que ven en el componente heterogéneo de

la inmigración el mayor riesgo de descomposición del orden social y político de nuestras sociedades como en las imagerías halagüeñas de una vida cultural tornasolada, lo que Santamaría propugna en su «Exoducción» final, escrita bajo la severa y protectora mirada de las Erinias, es pensarlos como *figuras de la comunicación*. En otros términos, diríamos que frente a las modalidades de la asimilación, de la absorción, de la inserción y, también, de la hibridación o la fusión, los migrantes y las migraciones materializan una *lógica de la articulación*. Es a partir de esta lógica social que los migrantes dejan de ser seres abstractos o seres carenciales. Me refiero, y creo que interpreto bien el pensamiento del autor, a que éstos encarnan sobre todo sujetos y procesos de conexión, de enlace, de relación, desde lo socioeconómico a la acción política, del orden jurídico a la creación cultural, por los cuales participan *conflictualmente* en la construcción de nuevos campos sociales, que son a la vez transnacionales e infranacionales, pero sobre cuya capacidad de innovación social pienso que por ahora ninguna sociología nos permite sostener nada de forma inequívoca. En otras palabras, diría que pese a la extensión de esa vulgata deletérea que estigmatiza al extranjero en situación precaria que es el «inmigrante» como un intruso, o una encarnación del atraso, o un elemento de desintegración —en definitiva, como una figura de la *infiltración* y de la inquietud para lo nacional—, lo cierto es que no se puede decir con certeza teórica si esos espacios de acción en los que participan los migrantes se consolidarán en continuidad o en reacción, recomponiendo o socavando las bases del modelo nacional todavía imperante, sobre todo porque, a mi entender, aún no esta-

mos en condiciones de saber cómo se resolverán los procesos que de un tiempo atrás están reformulando las relaciones entre Estados y mercados. En cualquier caso, como se insiste en el texto, es hora de comprender cabalmente que los migrantes no son sujetos inanes frente a tales procesos.

Hasta aquí hemos rastreado, aunque en mero esborzo, algunas de las ideas y problematizaciones que se plantean y entrecruzan en la obra, que son muchas pese a su modesto grosor. De la trama que se teje entre todas ellas, pienso que uno de los méritos más notables es su valor interrogativo, que no se sacrifica en aras de una instrumentalidad del saber sociológico. En este sentido, y si nos remitimos a la bibliografía española sobre las migraciones y los migrantes, tan poco dada hasta ahora a la autorreflexividad crítica, el de Santamaría está llamado a ser un texto de referencia y una contribución que requerirá una apreciación y una discusión atentas en el ámbito de los estudios de los procesos migratorios. Y no quedarán tampoco impasibles quienes estén interesados en una reflexión afilada acerca del devenir de nuestras sociedades, pues en él encontrarán un acicate para el pensamiento y la acción sociopolítica.

Quiero llamar la atención sobre una última y más específica cuestión de interés. Se trata de la apli-

cación que se hace en la obra de las nociones de «discurso constituido», «flotante» y «sonoro», en especial en el tercer capítulo, titulado «(Re)presentación de una presencia bárbara», y que sirve para explorar diversas cuestiones en torno a las retóricas, las representaciones y los usos de esa categoría ya trivial de la «inmigración extracomunitaria», y muy en particular desde los medios de comunicación masivos, pues, como muy bien se nos muestra, se trata principalmente de un *discurso flotante*, o, dicho en otros términos, es una de esas figuras que levantan el vuelo en la representación de lo social para establecer un *consenso* en materia de inmigración que parece trascender opiniones y posiciones ideológicas. Por supuesto, hay que decir que en su investigación nuestro autor es bien consciente del peligro de generalización y reificación de nociones tales como la de «opinión pública»: la así llamada —al igual que la producción y recepción de discursos en otros espacios y por otras agencias sociales— no es un monolito, sino que es algo complejamente diferenciado, sobre lo que, en particular, debemos desvelar sus inscripciones sociales. Aquí, no obstante, la indagación tan oportuna de Enrique Santamaría se cierra, como nos toca hacer también a nosotros, con unos inevitables puntos suspensivos...

Juan DE LA HABA MORALES